

DEMOCRACIA

SEMANARIO REPUBLICANO FEDERAL

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERALISTA DEL DISTRITO DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS (Pago adelantado)
Un mes : : : : : 0'50 pesetas.	Centro Republicano Federal, Plaza Constitución número 13, Villanueva y Geltrú.	En primera plana, 0'20 pesetas linea
Un trimestre : : : : : 1'50 "		En tercera " 0'15 "
Número suelto : : : : : 0'10 "	Insértense ó no los escritos que se remitan á la Redacción, no se devuelven los originales	En cuarta " 0'10 "
NÚMERO ATRASADO: : : 0'25 "		Comunicados 0'20 " "
		Rebaja á los suscriptores y según el número de inserciones.

La huelga del Arte Fabril

Siguiendo el movimiento iniciado en Barcelona y cumpliendo el acuerdo del mitin celebrado la víspera en el teatro del Bosque, el jueves pasado se declararon en huelga todos los obreros ocupados en las fábricas de hilados y tejidos.

El paro fué unánime, sin nota alguna discordante, como no podía menos que ser, tratándose de una huelga de cuya justicia están plenamente convencidos, no solamente los obreros interesados, sino todo el público.

Si justificada es la huelga en Barcelona y demás poblaciones industriales de Cataluña, con mayor motivo tiene que serlo en Villanueva donde a una jornada bárbaramente excesiva, se une la insuficiencia de unos jornales ridículos.

Es inexplicable que trabajando en idénticas condiciones las fábricas de nuestra villa y las del llano de Barcelona, valiéndose de la misma fuerza motriz, empleando las mismas máquinas y elaborando los mismos productos, nuestros obreros apenas logren ganar la mitad que sus compañeros de Barcelona. Por esto creemos que los obreros de Villanueva sabrán mantener con firmeza el movimiento iniciado.

Los obreros del arte fabril siempre han sido los parias del proletariado. De no haber sido reguladas las horas de trabajo por la ley, continuarían trabajando 72 horas semanales.

Poco a poco han ido mejorando su situación los demás oficios. Ocho horas trabajan los oficiales y peones albañiles, nueve casi todos los oficios de construcción y de las demás industrias casi ninguna rebasa la jornada de diez. Los jornales han aumentado también, aunque no en la proporción que debieran, dado el aumento progresivo en el precio de los víveres. Tan sólo en las fábricas ha ocurrido el fenómeno de que los obreros vieran disminuídos sus salarios a medida que aumentaba el precio de los artículos de primera necesidad.

¡Sesenta y seis horas semanales que descontando la fiesta de los sábados por la tarde resulta en los restantes días una jornada de doce horas!

Increíble parece que en nuestros tiempos sea posible semejante barbaridad. Cincuenta y cinco horas se trabaja en Inglaterra, sesenta en Francia, pero entre estas sesenta van comprendidas las destinadas a la limpieza y no tardarán mucho los franceses en conquistar la semana inglesa.

Pero aun hay más. En estas naciones las condiciones de trabajo están regularizadas por leyes inflexibles. La explotación de los menores no existe y protegidas de un modo efectivo se encuentran las mujeres sobre todo en los períodos de embarazo y lactancia. Aquí también se han dictado leyes en el mismo sentido, pero el egoísmo de los patro-

nos y sobre todo la falta de organización de los obreros, han hecho que quedaran como letra muerta en su mayor parte.

No es necesario haber trabajado en las fábricas para comprender lo que supone estar doce horas encerrados en cuadras con una temperatura y humedad elevadísimas, saturado el ambiente del polvillo que de una manera lenta, pero segura, destruye los pulmones de los obreros preparándolos para la invasión de los bacilos tuberculosos. Si estas condiciones de trabajo son fatales para organismos robustos, ¿qué no será tratándose de mujeres y niños mal nutridos y alimentados por no ser suficiente el salario que perciben?

Los obreros del arte fabril cuentan hoy con las simpatías de todos los hombres generosos, pero es indispensable que esta simpatía no quede reducida a un sentimiento platónico. Es necesario que los demás obreros estén dispuestos a demostrar de una manera práctica su solidaridad. Es absolutamente preciso, que la protesta sea tan general y unánime, que aun en el caso desgraciado de ser vencidos, obligue al gobierno a preocuparse de la suerte de estos infelices por quienes la vida no es otra cosa que un largo calvario de explotación y sufrimiento.

La Iglesia, como la hiedra, vive de la sangre ajena. La hiedra, del olmo. La Iglesia de los pueblos. A veces, la hiedra aniquila el árbol que la sustenta. La Iglesia aniquila los pueblos que la sostienen.

EMILIO CASTELAR.